

La sirena y el licántropo (cuento)

Effe Montesdeoca



Image not found.

Capítulo 1

La sirena y el licántropo (Cuento)

Effe Montesdeoca

En las noches, harta de estar sola, camina por el borde de los acantilados contemplando el oscuro aceite del mar. Desciende durante más de dos horas por el camino que conoce a ciegas hasta llegar a la playa pedregosa en donde la resaca se retira con un vocerío de cantos rodados. Los perros de la playa le huyen mientras ladran y aúllan. Pelirroja. La piel de su rostro brilla marcada por minúsculos puntos plateados. Los ojos rosados-violáceos, la boca abultada. Se cubre con una túnica blanca que ella deja mojar en los remolinos de espuma mientras camina. Dicen que más de una vez ha devorado a un perro entero y que la han encontrado con la ropa ensangrentada y una mirada de fiera; dicen que desgarrar la carne con sus dos hileras de pequeños colmillos curvados. No sé; pero no es cierto que se alimenta de los bebés de los seres humanos, ni que mata de placer a los hombres para devorar después sus vísceras y las partes más blandas. No es cierto que corre en grandes y lentos saltos de gacela, desnuda, durante toda la noche, con la cauda encendida de la cabellera ondeando en el aire, gruñendo como un jabalí, relinchando como un caballo, pero no es cierto, tampoco, que se tiende lasciva a fornicar con toda clase de animales del mar o la tierra. Ni siquiera tiene sexo con los hombres del lugar que la buscan, a menos que sea luna llena y que ellos sean vírgenes, o viudos; quién sabe si debido a una caprichosa moralidad aprendida entre los seres humanos, o si no es nada más que una espontánea reacción de su cuerpo. En todo caso los hombres la temen, sobre todo en la noche.

Es cierto que se masturba con peces, con las piernas abiertas hacia el mar y hacia el cielo. Después canta, sin palabras, melodiosa y dulce, e intercala en su voz de tonalidades humanas los sonidos de los animales del mar, los lamentos de las ballenas, deteniéndose a veces en una sola nota que crece y decrece a la deriva en la noche. Mientras lo hace la gente del pueblo suaviza su sueño o escucha despierta, reblandecida por el hechizo de esa melodía. Canta cuando está en celo y los hombres entonces se levantan inquietos de sus camas para salir a buscarla. Las mujeres, como Ulises hizo con su gente, tapan los oídos de sus maridos con cera y les preparan fuertes téis relajantes. Los hombres que viven solos y la temen hacen lo mismo. Los atrevidos que se dejan seducir por su canto y van tras ella, nunca hablan de lo sucedido y pronto se marchan hacia las tierras altas y nunca regresan.

De día no tolera estar fuera del agua. Cerca del amanecer sus piernas comienzan a verdecer y a platearse; se aleja entonces hacia adentro del mar, desnuda, con los ojos vidriados y fijos. Más tarde los pescadores la

llaman soplando en grandes caracoles marinos. Valoran su ayuda pues los guía hacia los bancos de peces y hace que sus redes queden repletas, mientras ella engulle a los más pequeños. Nada con los brazos ondulantes junto a los costados, el pelo más rojo que antes, convertido en una especie de trenza densa y mojada que se pega a su espalda, las extremidades unidas y transformadas en una cola que termina en una aleta caudal irisada de nácar, de rosados y azules. Igual que los delfines es capaz de saltar por encima del agua. Los pescadores ven entonces sus pechos pequeños y firmes y el abundante vello púbico que permanece en el nacimiento de su larga cola.

Después de las jornadas de pesca, mientras las barcas regresan, se queda en las profundidades del mar, sin que nadie sepa lo que miran allá adentro sus ojos; tal vez duerme, abandonada a las aguas, alerta el instinto contra depredadores más grandes que ella. Cerca del atardecer regresa a la playa, sale del agua en dos piernas, recoge su larga túnica blanca, o cualquier otra prenda que haya dejado y se dirige a los embarcaderos en donde los pescadores le pagan con una parte del dinero de las ventas del día. Ella cubre sus gastos, hace sus compras y se dirige entonces a su casa, aislada del pueblo. Cuando duerme sueña con cardúmenes de peces, con medusas fosforescentes y rebaños de ballenas en la niebla densa de las profundidades del mar. Sueña con la otra niebla de los bosques, que no conoce; con la repetida imagen de las fauces del lobo en su nuca.

Vive en los bosques. En invierno vaga de noche lejos de las poblaciones y aborrece el olor de la leña en las chimeneas. Espera las lunas llenas de las soledades más altas de la montaña. Allá habita por unos días en una abandonada cabaña de cazadores, hecha de troncos, al pie de lo más profundo de una cañada negra de pinos. La luz de la luna le causa dolor. Rueda por el suelo mientras gruñe y se estremece hasta quedar agotado como un animal perseguido. Se transforma y llora de autocompasión y de rabia. Después aúlla. Si pudiera olvidarse de todo. Aúlla erguido sobre dos piernas de hombre y lobo a la vez; hipnóticos y tristes los ojos amarillos, anhelantes y fijos. Sus manos de antroipoide y felino son nudosas y anchas. Clava las garras para trepar a los árboles y corre echando bocanadas de vaho blanco, a cuatro patas, ligero sobre las llanuras de nieve, como un gran simio, esbelto, arqueado su flexible y fuerte lomo de puma, el rostro achatado cubierto de pelo cortito y parejo, distinto al hirsuto pelo del cuerpo. Los lobos lo siguen. Con instinto preciso conduce a las manadas hacia presas seguras y devora las mejores porciones. Busca mujeres y mientras espera encontrarlas en los poblados dispersos copula con lobas y otros animales. Prefiere el furor de las yeguas en los establos y disfruta clavando sus garras en los hijares y el cuello mientras muerde sus nuca abundantes de carne. No las devora ni les quita la vida. Las deja exhaustas y enfebrecidas, con los ojos desorbitados y las fosas nasales dilatadas, mientras él resopla humaredas de vaho. Se acerca a las ventanas de las cabañas en lo más alto de la noche y observa con su

penetrante mirada a las mujeres dormidas, e imagina los cuerpos, el sabor de sus cuellos, la carne lechosa y blanda de los pechos. Respeta a los seres humanos. No es hambre ni rabia lo que arrastra su angustia: es solamente el deseo. Cuando regresa a los bosques se tiende como un perro casero y se lame el sexo con triste dedicación hasta olvidarse de sí mismo. Dicen que al final del invierno regresa con su forma de hombre a los poblados y busca trabajos ocasionales. Caza las mejores piezas de los alrededores y es buen leñador. Trabaja las pieles de los animales y luego, para venderlas, negocia con pocas palabras, roncas y hurañas. Dicen que sólo la fijeza amarilla y ávida de sus ojos lo delata. Algunas mujeres se sienten inevitablemente atraídas por esa mirada. Él huele sus mínimos cambios bioquímicos y entonces las sigue y las ronda y se les aparece en todo momento; las acosa y las cerca, las pastorea hasta separarlas del rebaño y luego se lleva una a su lecho caliente de hombre; de hombre, no de lobo, de hombre de pelo negrísimo, de barba cortita y cerrada, cejas horizontales y densas, ojos amarillos. Las ama, surca sus espaldas y lame todo su cuerpo, muerde sus cuellos, una vez y otra vez, hasta que tiemblan, hasta que gimen, hasta que gritan y las deja caer en su abismo, en el fondo de su vaso y así una noche y otra, hasta que se acerca la luna llena y decide irse otra vez. Se va. A veces sigue el rastro de una presa, animal o mujer, llega hasta los límites más bajos del bosque y ve el mar. El mar que duplica al cielo. Más negro. A veces baja hasta más allá de los bosques, perdido el rastro, bestiales los ojos, anhelantes y fijos, sofocado por el olor espeso y salino del mar, y se queda inmóvil durante ratos muy largos para diferenciar, entre la muchedumbre de aromas, ese olor de animal y mujer que lo llama desde lo profundo o lo alto, y se acerca y la presiente en su olfato, mapa del deseo, árbol creciéndole adentro.

Desde su casa ella lo huele venir entre sueños mientras sube la noche. La marea de la noche. Abre los ojos de golpe. Lo huele. Se incorpora en el lecho. No duerme. Es el lobo. Pone un vaso de leche en la mesa. Lo siente de pie tras la puerta. No toca. Ella abre. Durante la mayor parte del tiempo él es un hombre, como ahora, ojos amarillos y ávidos. No hablan, se miran, se siguen en cautelosos pasos de tango. Se saben. No sonrían, se muestran las fauces, se huelen de cerca, el lobo se sienta y bebe despacio el vaso de leche. La luna crece, discreta y premeditada. Su luz le causa dolor. Rueda hacia el suelo, surca con las garras los duros tablones del suelo, el turbión del deseo sube por paredes y sombras. Se transforma. Se transforman. Se erizan. Su hambre y sus cuerpos se encuentran y son el uno del otro. Se transforman en un solo animal. La luna sigue creciendo.